

AGENDA CIUDADANA

LAS RAZONES NORTEAMERICANAS: UNA PRUEBA HISTORICA

Lorenzo Meyer

¿Guerra Justa?- Según el discurso original de la actual alianza imperial americano-británica, uno de los objetivos centrales de su invasión a Irak es acabar con las armas de “destrucción masiva” que ahí se ocultan. Sin embargo, como la defensa iraquí no ha empleado ninguna de estas armas, entonces cada vez más la razón del ataque se centra en una meta impecablemente ética: forzar un cambio de régimen en Bagdad para así liberar a los 22 millones de iraquíes del despotismo en que han vivido por un cuarto de siglo. En efecto, los líderes de Estados Unidos y Gran Bretaña aseguran que han ordenado la invasión de ese país petrolero por varios motivos, pero sobre todos ellos sobresale el poner fin al dominio del terror que desde 1979 ejerce Saddam Hussein sobre la sociedad iraquí. Desde esta perspectiva, la libertad de Irak tiene que ser obra externa --de las naciones más comprometidas con ese valor: Estados Unidos y Gran Bretaña-- y mediante una operación dolorosa que implica el uso limitado pero exacto y riguroso de la fuerza, pues una población tan dividida como la iraquí --sunitas, shiítas, kurdos y turcomanos-- simplemente no es capaz por si misma de sobreponerse a la brutalidad institucionalizada por Hussein y los suyos. Y el argumento tiene un corolario: el del dominó virtuoso. En efecto, se supone que una vez que Irak pase a ser parte de las sociedades bañadas por la “tercera ola democrática” de la historia, otros países islámicos como Siria o Irán, pueden contagiarse con el ejemplo y se transformarán. Así, a la caída de un tirano seguirán las de otros y el Medio Oriente de mañana será una región próspera, democrática y amiga de Occidente.

La credibilidad de la explicación y de los supuestos anteriores --altruistas, morales y optimistas-- para justificar todo el fuego y la sangre de hoy --básicamente el fuego de los

aliados y la sangre de Irak—, puede ser puesta provisionalmente a prueba histórica en la región latinoamericana. En efecto, América Latina es la zona más antigua de influencia de Estados Unidos, en ella se han producido ya un buen número de intervenciones o amenazas de intervención norteamericanas y donde el tiempo transcurrido permite seguir por un largo trecho la huella de las causas y efectos de esas acciones.

Consideraciones Generales.- En principio, América Latina debía de ser, entre las regiones que conforman el largo y ancho mundo subdesarrollado y periférico, una donde la democracia como forma de gobierno tuviera menos dificultades en arraigar. Desde que lograron su independencia a inicios del siglo XIX, las repúblicas surgidas del antiguo imperio español en América, se dieron formas de gobierno democráticas. Sin embargo, en la realidad, ese tipo de régimen ha resultado ser una planta de difícil aclimatación y nada permite suponer que en el Medio Oriente, hasta hace poco objeto del colonialismo, la tarea de modificar los sistemas autoritarios pueda ser menos complicada que en Latinoamérica.

Casi desde el inicio de su vida como nación independiente, Estados Unidos se dio a sí mismo la encomienda de expandir su influencia al sur del continente e impulsar ahí a la democracia como la forma adecuada de gobierno. Sin embargo, la primera parte del proyecto subordinó de inmediato a la segunda. Para empezar, la patria de Washington, que fue auxiliada por Francia para lograr su independencia, nunca prestó ayuda efectiva a sus vecinos sureños cuando éstos se propusieron seguir por ese mismo camino, aunque en 1823 emitió la famosa “Doctrina Monroe” en contra de una posible reconquista europea de la antigua América española. Finalmente, la naturaleza de las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales heredadas por los hispanoamericanos, llevaron a que, tras la independencia, el proyecto democrático no cuajara. Pese al fracaso inicial, y tras luchas largas y cruentas, fue posible la existencia en ciertos países de “momentos democráticos”,

donde poco o nada tuvo que ver Estados Unidos. Esos fueron, por ejemplo, los casos del pequeño pero rico Uruguay, donde las formas democráticas de gobierno se hicieron realidad antes de la I Guerra Mundial. Luego ocurriría lo mismo en la igualmente próspera Argentina; para los años treinta de ese siglo Chile vivió ya la democracia y tras la II Guerra mundial, Costa Rica se convirtió en la adelantada centroamericana en ese tipo de régimen. Más tarde la democracia también empezó a funcionar de manera aceptable en Venezuela, Colombia y en el inmenso Brasil. Sin embargo, en casi todos los casos se trató de democracias frágiles, vulnerables.

Si bien el “factor norteamericano” no fue relevante en la creación de las democracias mencionadas, no se puede decir lo mismo del proceso de construcción de algunas dictaduras en la primera mitad del siglo XX o de la destrucción varias democracias durante la segunda mitad de ese siglo. La intervención activa de Estados Unidos en la vida política de Ibero América no ha correspondido a un compromiso genuino con la democracia y si con la defensa de intereses particulares, sin considerar los efectos negativos que esa defensa tuviera sobre el régimen del país afectado. Como los ejemplos al respecto son muchos, aquí solo se abordaran algunos, suficientes para poner en perspectiva el supuesto compromiso de Estados Unidos con la defensa de la libertad política en el mundo periférico.

Los Inicios.- Fue justamente en México donde tuvo lugar uno de los primeros casos de intervención norteamericana encaminado a producir un cambio de régimen. En efecto, cuando en 1859 el gobierno liberal de Benito Juárez en Veracruz se encontraba entre la espada conservadora y el mar, el gobierno de Washington logró que se firmase el tratado MacLane-Ocampo como condición para dar su apoyo a la facción liberal; el resultado fue una enorme disminución de la soberanía mexicana. Al final, el tratado fue rechazado por el Senado norteamericano pero no antes de que la armada de ese país colaborara

decisivamente en el triunfo militar de Juárez mediante la captura, sin lucha pero ilegal, de los pequeños buques de la armada conservadora. Más adelante, tras el fin de su guerra civil en 1865, el gobierno de Washington volvió a dar su apoyo político a Juárez, y sosteniendo la “Doctrina Monroe”, presionó a Francia para que retirase sus fuerzas expedicionarias de México, con lo cual contribuyó a la victoria del partido liberal. Ahora bien, al final del camino de ese liberalismo mexicano no estaba la democracia sino la dictadura de Porfirio Díaz, pero Estados Unidos nunca objetó la naturaleza no democrática del Porfiriato.

Para no ser tachados de injustos, es necesario reconocer que la oposición del presidente Woodrow Wilson a la dictadura militar de Victoriano Huerta en nuestro país entre 1913 y 1914, si fue un factor importante en la explicación del triunfo de la Revolución Mexicana, revolución que tampoco institucionalizó la democracia sino el autoritarismo, pero de ello no se puede culpar, salvo marginalmente, al “factor norteamericano”.

Al final del siglo XIX, tuvo lugar la intervención norteamericana directa en América Latina más significativa por lo que a cambio de régimen se refiere. Se trató de la acción directa contra una España que libraba una guerra contra insurgente en Cuba y a la que la opinión pública norteamericana rechazó por tiránica y bárbara. Las ambiciones norteamericanas sobre Cuba —la llave del Caribe— venían de tiempo atrás, pero la prolongada acción de los patriotas cubanos, una campaña amarillista de prensa contra la innegable dureza de la represión española, la debilidad naval de España y el inexplicable estallido el 15 de febrero de 1898 del buque norteamericano fondeado en La Habana —el “Maine”— permitieron en abril de ese año al presidente William McKinley declarar en nombre de la libertad, la guerra a una España débil en extremo. En un abrir y cerrar de ojos los norteamericanos destruyeron la anticuada flota española en Manila y en Santiago de Cuba y España capituló. La derrota del 98 le costó a España una enorme humillación y

su control sobre Cuba, las Filipinas, Puerto Rico y Guam. Estados Unidos, por su parte, entró con esa victoria al club de las potencias navales. Sin embargo, el cambio de régimen en Cuba no llevó a la isla ni a la independencia ni a la democracia, sino a la enmienda Platt (1901) y a una situación de protectorado con gobiernos corruptos y dictatoriales –del de José Miguel Gómez al de Fulgencio Batista— que desembocaron en una revolución nacionalista encabezada por Fidel Castro. En suma, la enorme influencia norteamericana en el proceso político cubano no condujo a la democracia política y desde 1959 Estados Unidos tiene en el régimen cubano a uno de sus adversarios más tenaces.

Centroamérica.- De las intervenciones norteamericanas en Centroamérica, las más espectaculares fueron las que se efectuaron en Panamá y en Nicaragua. En Panamá fue el apoyo político y naval de Estados Unidos en 1903 a una supuesta “revolución de independencia”, lo que permitió el surgimiento de esa pequeña nación, que de inmediato celebró un tratado (el Hay-Bunau Varilla) en virtud del cual un Panamá “independiente” cedió a Estados Unidos la soberanía sobre su recurso más importante: una faja de diez millas de ancho para que procediera de inmediato a la construcción y operación de un canal interoceánico y el derecho a intervenir en la nueva república en caso de inestabilidad. Sólo 76 años más tarde Panamá logró recuperar la soberanía sobre el total de su territorio.

Pese a la enorme y sistemática presencia política, económica y militar de Estados Unidos en Panamá, la democracia nunca fue sólida, y para los años de 1960 la Guardia Nacional –surgida y desarrollada a la sombra del ejército estadounidense— ya era el principal actor político, capaz de poner y quitar presidentes. En 1989 una intervención directa y muy violenta del ejército norteamericano hizo prisionero al coronel Manuel Antonio Noriega a quien se le acusó de narcotráfico. Sólo a partir de entonces la democracia panameña ha tenido una oportunidad efectiva.

En Nicaragua, la influencia política norteamericana se dejó sentir desde mediados del siglo XIX vía el filibustero William Walker, pero la implantación en 1909 de un gobierno conservador, se hizo con el respaldo de un pequeño contingente de marines norteamericanos que permanecieron en el país hasta 1925 y que retornaron en masa en 1927. La fuerza norteamericana de ocupación salió definitivamente de Nicaragua en 1933, pero dejó en su lugar a una Guardia Nacional (GN) que sirvió para eliminar al líder liberal y nacionalista, Cesar Augusto Sandino, e imponer en la presidencia a la dinastía creada por Anastasio Somoza, el comandante original de la GN. El dominio de Nicaragua por la familia Somoza, con métodos y fines no muy distintos de los de Hussein en Irak, terminó con el triunfo de la revolución sandinista en 1979. Poco después de la caída de los Somoza, retornó la intervención, indirecta pero abierta y violenta, de Estados Unidos en los asuntos de Nicaragua mediante el apoyo del gobierno de Ronald Reagan a la contrarrevolución. Al final, en 1990 un sandinismo acosado, popular pero no democrático, fue sustituido por sus adversarios apoyados por Estados Unidos. Desde entonces una Nicaragua empobrecida tiene un régimen con forma democrática, pero inefectivo y corrupto.

A los casos anteriores hay que añadir los resultados no democráticos de las ocupaciones militares de Haití y Republica Dominicana, el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala, de Salvador Allende en Chile, el apoyo a los gobiernos conservadores y represores de Guatemala, El Salvador, Honduras o Paraguay, así como a las dictaduras militares de Argentina, Brasil, Uruguay o Chile

En Suma.- Afirmar que el motivo fundamental del actual y espectacular esfuerzo bélico americano-británico en Irak, es otorgar de manera altruista y unilateral la libertad a una sociedad que hace dos decenios vio como un enviado de Estados Unidos daba la mano al dictador que hoy condena, simplemente no está avalada por la historia de las

intervenciones norteamericanas en su zona de influencia más antigua: América Latina. Es posible que al final de la terrible violencia, algún tipo de democracia se instale en Irak, pero es difícil aceptar que ese sea el motivo de la invasión y no, en el mejor de los casos, un subproducto, conseguido a un precio muy alto.